

LIBRO TERCERO

LAS REVOLUCIONES EN EUROPA EN EL PERIODO DE 1848 HASTA 1851

PARTE PRIMERA

LA VUELTA DE LA REVOLUCION POR EUROPA

CAPITULO PRIMERO

LA SEGUNDA REPUBLICA FRANCESA (1)

La monarquía había quedado abolida, pero la república no había salido todavía del estado de proyecto y el gobierno provisional republicano, formado de elementos reunidos al acaso por la marea revolucionaria, carecía de la condición mas elemental y mas ineludible para ser útil y eficaz, la unidad de opinion de sus miembros, la fe en su idoneidad, el entusiasmo por su misión y por la causa que representaban. Léjos de tener esta condición, su victoria y encumbramiento les llenaban de confusión, en lugar de llenarlos de orgullo; en vez de entusiasmo creador sentían la sinrazón y la inutilidad de todo lo sucedido; no inspiraban confianza ni entusiasmo á nadie, lo cual junto con la falta de convicción y de conciencia de su fuerza, les imponía una conducta artificiosa visible para todos. Por otra parte, necesitaban estar constantemente vigilando la fiera de la revolución que habían soltado y que amenazaba despedazarlos á cada instante, y estudiando halagos y otras artimañas para amansarla y volverla á encerrar entre las sólidas rejas de su jaula. Gran fortuna fué en esta situación para el gobierno y el país tener á Lamartine por jefe, en cuanto admitía jefes aquella situación. Este poeta, que según su propia confesión no juzgaba jamás las cosas sino bajo el punto de vista de la forma en que se prestaban á la narración, pudo entonces embriagarse en la poesía de aquella aventura; pero de hecho, durante algún tiempo se realizó su ensueño orgulloso de ser dueño de los destinos de su país. El nombre de Lamartine prestó algún lustre á la débil república y suavizó la impresión terrorífica que causaba su aparición. La elocuencia de aquel hombre ávido de celebridad y de aplausos era no obstante la única fuerza positiva del gobierno. Con un valor personal admirable arrojó la violencia de las muchedumbres mas enfurecidas, la gritería mas salvaje y las amenazas y peligros mas feroces, aunque, como sucedió una vez, algunos pidiesen su cabeza y se mostrasen prontos á lanzarse sobre él. En aquel instante y delante de las oleadas siniestras les dijo: «¡Ojalá que cada uno de vosotros llevara mi cabeza sobre sus hombros, porque entonces seriais mas racionales!»

(1) Lamartine, *Histoire de la révolution de 1848*.—V. Pierre, *Histoire de la révolution de 1848*, publicada en 1878.

El gobierno provisional pasó la primera mitad de su existencia luchando para no ser barrido de su puesto, y la segunda, vigilándose mutuamente sus miembros. En lo general formaban dos grupos principales, el republicano moderado, que rodeaba á Lamartine, y el socialista, representado por Ledru-Rollin, Flocon y Luis Blanc, que acudían a la terrible hueste proletaria y amenazaban constantemente con destruir las bases de la sociedad; mientras Caussidière, el prefecto de policía, y Sobrier, rodeados de una especie de guardia de corps, compuesta de los llamados montañeses, individuos de las sociedades secretas, predicaban públicamente al pueblo que no dejara las armas para no ser engañado otra vez. En el mismo palacio del ayuntamiento se estableció al propio tiempo, y al lado del gobierno, una comisión ó diputación permanente de los catorce barrios en que estaba dividida la capital, para asistir á los consejos del gobierno, fiscalizar sus disposiciones y formar contrapeso á las opiniones de aquellos miembros mas moderados, á quienes el pueblo calificaba ya de usurpadores. Lamartine y sus colegas los republicanos moderados, para no hacerse sospechosos, se dejaron llevar por Ledru-Rollin y su partido mas léjos de lo que consentían su criterio y sus convicciones. Así sucedió cuando el 25 de febrero una turba armada pidió perentoriamente que el gobierno reconociese el derecho al trabajo, reclamación que apoyó Luis Blanc y que el gobierno satisfizo con el funesto decreto por el cual se comprometió á asegurar la existencia del obrero, dando ocupación y jornal á los que careciesen de ellos, reconociendo la necesidad de la asociación para la clase obrera á fin de que disfrutase el beneficio justo de su trabajo, y destinándole un millón de francos de los economizados con la supresión de la asignación destinada hasta entonces á la casa real. Apenas se hubo firmado este decreto, los arrabales presentaron otra exigencia: la adopción de la bandera roja en lugar de la tricolor; pero esta vez no se dejó imponer Lamartine; avergonzado todavía de haberse dejado arrastrar pocas horas antes á firmar el decreto del derecho al trabajo, dijo á los atrevidos peticionarios: «Vuestra bandera roja está empapada de sangre francesa, y solo ha dado la vuelta al campo de Marte, mientras que la tricolor ha sido paseada por toda la Europa por el valor francés; con ella caería en olvido la mitad de nuestras glorias nacionales.» Mal habría acabado esta escena si no hubiese llegado á tiempo la guardia nacional; pero con esto los anarquistas y su abogado Luis Blanc

tuvieron que conformarse con que se restableciera el decreto del 27 de Pluvioso, año II, que fijaba los colores nacionales franceses, y según el cual, el jefe del gobierno, los ministros y los empleados públicos debían llevar en la botonadura una roseta encarnada.

Para impedir nuevas devastaciones fueron destinadas las Tullerías para asilo de inválidos del trabajo, y en otros edificios públicos se puso el letrero: *Propiedad nacional*. A fin de limpiar las plazas y calles de la capital de gente turbulenta, se crearon, en lugar de la guardia municipal disuelta, veinticuatro batallones de guardia móvil con un franco y medio de sueldo diario, y para calmar y contentar á la masa del pueblo se restablecieron algunas disposiciones inocentes de la gran revolución y algunas medidas humanitarias, como la adopción por el Estado de los hijos de los que habían muerto en la lucha, la devolución gratuita de las prendas de ropa empeñadas en el Monte-Pío, y la abolición de los títulos de nobleza, del juramento de los empleados del Estado y de los jueces, y de la pena de muerte por delitos puramente políticos.

Los modernos jacobinos habían expulsado al gobierno provisional, conforme habían resuelto, al día siguiente de su instalación, 25 de febrero, por la noche; pero los detuvo el mismo Blanqui, á pesar de ser el partidario mas furioso de la anarquía. Blanqui, temeroso de que la caída del gobierno suscitase una contra-revolución monárquica en las provincias, creyó y dijo que era mejor tener paciencia y completar entre tanto los preparativos para cuando llegara el día. Esta reflexión produjo su efecto, porque nadie dudaba de que la inmensa mayoría de los franceses no quería república; y si el gobierno provisional, el día 27, con pompa teatral y al pie de la columna de la libertad proclamó la instalación de la república y declaró abolida para siempre la monarquía bajo cualquiera forma que fuese, lo hizo solamente bajo la presión del populacho de París. Es decir, que los mismos republicanos que durante diez y ocho años habían atacado la legalidad de la monarquía de Luis Felipe diciendo que había sido establecida por una minoría de la cámara en lugar de ser producto del sufragio universal, apenas fueron dueños del país lo primero que hicieron fué imponerle una forma de gobierno que no quería.

Por lo pronto el nuevo orden de cosas no encontró oposición ninguna; nadie se movió en favor del gobierno caído, que también por su parte se había conformado con su suerte; nada hizo la clase media en su aturdimiento para sostener su dominio de antes. Todos se agruparon al rededor del nuevo gobierno, no por entusiasmo ni por convicción sino por el temor de dar lugar con su discrepancia á otra cosa peor, contento todo el mundo de que hubiese un gobierno; de suerte que la monarquía parecía hasta borrada de la memoria de los franceses. La administración y el ejército reconocieron al gobierno republicano; el clero bendijo los árboles de la libertad, y hasta vió en la caída de la monarquía de Luis Felipe la mano de Dios por no haber proclamado la libertad de enseñanza; la clase media artesana y la labradora se felicitaban por los derechos políticos que les había de conceder el nuevo régimen, aunque individualmente ninguna simpatía tenían por la república.

En realidad el nuevo gobierno no era mas que una mampara endeble que separaba el orden social de la anarquía, porque en las reuniones políticas de los diferentes grupos se discutía noche y día, acalorada y públicamente, la insurrección armada y la guerra civil. La prensa por lo mismo no conocía freno y para mayor desgracia habían acudido á París á la primera noticia del trastorno una nube de 15,000 y mas refugiados políticos extranjeros, italianos, alemanes, belgas y principalmente polacos, que hicieron ardiente propaganda á favor de

la república roja. Los mas peligrosos de estos eran los polacos, porque predicaban la propaganda armada de la república en el extranjero, á ejemplo de la primera república, idea que encontró un abogado entusiasta en Ledru-Rollin; y cuando el gobierno decretó un aumento de ejército de 300,000 hombres hasta 580,000, hubo motivo para sospechar si este aumento estaría destinado para algo mas que para la defensa del país. Otro de los méritos de Lamartine fué haber hecho comprender á sus compañeros la necesidad de abandonar estos alardes guerreros y de ceñirse á una política de paz para poder conservar la república, con cuya existencia, en caso de guerra, acabaría lo mismo la victoria que la derrota. En este sentido fué redactado el solemne *Manifiesto á Europa*, que lleva la fecha de 3 de marzo de 1848, obra maestra de la pluma de Lamartine, que era una solemne renuncia á la propaganda republicana conquistadora de la primera república, si se prescindía de las contradicciones que contiene y que reflejan las tendencias encontradas que se combatían mutuamente en el seno del gobierno. Dice este documento: «La república francesa desea ocupar su puesto entre los demás Estados como potencia legal y no como destructora de la paz general; monarquía y república no son principios absolutos condenados á luchar á muerte; pueden vivir sin dificultad uno al lado de otro, á pesar de ser la república la forma mas perfecta de la libertad y de presentarse la francesa ante los reyes como la aliada intelectual de aquellos pueblos que anhelan poseer todos los derechos y progresos modernos y quieren vivir según los principios de la Francia. La Francia no trata de mover guerra á nadie, pero si la Providencia determinase restablecer la libertad de alguna nación oprimida y se viera que había llegado este momento, la república francesa se creería con derecho á echar mano á las armas para proteger pretensiones legítimas.» Los tratados de 1815, según este manifiesto, habían caducado para la república; mas á pesar de esto el gobierno francés admitía el arreglo territorial hecho entonces como base y punto de partida para sus relaciones internacionales.

A pesar de estas intenciones pacíficas no pudo impedir Lamartine que el partido de acción favoreciese empresas hostiles contra los países vecinos, que ninguno deseó tenían de ser incorporados á la Francia. Una legión de belgas expatriados formóse con recursos que Ledru-Rollin facilitó de fondos del Estado, é invadió su país, donde fué recibida á tiros. Gritando: «¡Traición!» dispersóse y regresó al territorio francés. La misma suerte tuvieron los cuerpos de voluntarios que invadieron las provincias alemanas del Rin y la Saboya. El partido nacional irlandés buscó también el apoyo del gobierno republicano francés, pero Lamartine le desengañó. Al mismo tiempo, por orden suya el conde de Circourt, que había sido enviado á Berlín, llevó la misión de comunicar á aquel gobierno las intenciones pacíficas del francés, y el mismo Circourt, cuando el príncipe Czartorisky se le acercó en la capital de Prusia pidiendo por su mediación el concurso de Francia para el restablecimiento de la Polonia independiente, le contestó que su gobierno le había enviado para evitar sublevaciones y no para excitarlas ni fomentarlas.

Si el gobierno francés proveyó entonces á innumerables refugiados polacos de pasaportes y recursos de viaje, fué para desembarazarse de aquellos huéspedes en extremo molestos; y si nombró una comisión de defensa del país compuesta de tres generales, concentró un ejército junto á los Pirineos y otro al pie de los Alpes, y proyectó la concentración de otro en la frontera occidental, fué meramente por precaución, inspirada por la actitud poco amistosa del gobierno español, por el temor de algún conato de rebelión en el

ejército de Argelia y de alguna ciudad grande del Mediodía de Francia. El país comprendió cada día mas que la paz le era indispensable para organizarse y rehacerse, y los gobiernos extranjeros se mostraron por su parte muy dispuestos á no suscitar dificultades al gobierno provisional, y siguiendo el ejemplo del inglés, entraron todos en relaciones oficiales con la república. En esto procedieron cuerdamente, pues que no tardaron en tener en su propia casa complicaciones que les hicieron perder el deseo de mezclarse en asuntos extranjeros.

Tampoco faltaron trabajos al gobierno de la joven república en el interior, que se presentaba cada día mas embrollado y preñado de tempestades, principalmente por parte de la clase obrera y de los que se servían de ella para sus ambiciones personales. Cuando el gobierno se negó á la pretension de Luis Blanc de crear un ministerio del trabajo y del progreso, Luis Blanc amotinó á la multitud, de que era representante, y el gobierno hubo de darse por satisfecho de que Blanc se contentara con la presidencia de una comision obrera permanente, que se estableció en el palacio de Luxemburgo, donde hasta entonces habia celebrado sus sesiones la cámara alta. Mas esto todavía no era nada; la clase obrera se presentaba modesta, porque las doctrinas socialistas todavía no habian penetrado profundamente en ella. Así cuando la comision nombrada la llamó para que manifestara sus deseos, se limitó á pedir una hora menos de trabajo para ganar el jornal acostumbrado, y la supresion de los especuladores intermedios que explotaban al trabajador. A haber tenido entonces el gobierno mas talento, y mayor conocimiento y práctica en la cuestion obrera, los apóstoles socialistas y comunistas con su propaganda sistemática no habrian conseguido convertir á esta clase en el monstruo que llegó casi á establecer la anarquía como principio de gobierno.

El fruto de esta ignorancia fué la creacion de los talleres nacionales para dar ocupacion positiva ó nominal á los millares de operarios que se hallaban sin trabajo, y que eran admitidos sin informacion previa y sin preparar trabajos en que ocuparlos. El 9 de abril se habian admitido ya 59,000, número que subió á 66,000 el día 15. Se ocupó bien ó mal en remover tierras, sin objeto ni utilidad, á 14,000 individuos, que fueron relevados sucesivamente por otros, hasta que hubieron trabajado todos los 66,000; por manera que cada seccion trabajaba un día sí y tres no, por el primero cobraban dos francos y por los otros tres á razon de franco y medio por día de huelga forzosa. Quedaba así creado oficialmente un cuarto estado, el proletariado, retribuido por la nacion. Estos trabajos abiertos para los obreros desocupados fueron luego centros donde se reclutaba y disciplinaba la fuerza revolucionaria. Los hombres bien ó mal mantenidos asistian á los clubs, recorrian las calles alborotando, obligaban de noche á los ciudadanos pacíficos á iluminar sus ventanas, y entraban en todas partes donde tenian ocasion de figurar como ciudadanos republicanos. En 16 de mayo fueron rebajados los dos jornales y suprimidos los que correspondian á los domingos, y á los cuatro días que duraron las elecciones; y no obstante esta economía, habian costado estos trabajos públicos, hasta el 15 de junio, mas de catorce millones de francos, pérdida todavía insignificante al lado de la desmoralizacion que introdujo semejante vida de holganza en la clase obrera, contagiando hasta á los individuos mas laboriosos, mientras la nacion estaba al borde de la bancarota.

La mala administracion de la Hacienda en el reinado de Luis Felipe habia dejado á la república una deuda de mas de cinco mil millones de francos, y setenta y tres millones de renta que vencian el 22 de marzo, sin contar los gastos

corrientes. Para atender á estos gastos habia una existencia de ciento noventa y dos millones aproximadamente en las cajas públicas; pero con la proclamacion de la república se habian secado súbitamente las fuentes mas importantes del tesoro, como el derecho de consumos, que el pueblo libre no quiso pagar, despues de haber quemado á la primera embestida las casillas de los guardas. La circulacion del dinero quedó interrumpida, muchos comercios suspendieron sus pagos, los géneros quedaban sin vender; el capital, espantado, se ocultó y el Banco vió reducirse sus existencias en metálico de un modo aterrador. El gobierno ofreció la cartera de Hacienda al capitalista de Paris Goudchaux, que no quiso aceptar porque Ledru-Rollin formaba parte del gabinete, pero al fin se dejó vencer bajo la condicion de que no se adoptase sin su consentimiento ninguna medida que se relacionase con la hacienda y que quedasen por lo pronto subsistentes y en vigor todos los impuestos y arbitrios establecidos. El gobierno entonces, no obstante su promesa, decretó el pago adelantado de las contribuciones y la supresion del timbre de los periódicos sin consultar ni avisar á Goudchaux, que como hombre formal y consecuente, dimitió en el acto. Garnier-Pagés tuvo el valor de ocupar la vacante y la idea feliz de crear las cajas de descuento y almacenes generales ó docks, que fueron un recurso preciosísimo para los ayuntamientos, la industria y el comercio. Para arbitrar recursos propuso la venta de las joyas de la corona y la de los montes del Estado por valor de cien millones, pero esto no aliviaba la penuria del momento, porque eran valores que necesitaban mucho tiempo para la realizacion, y lo mismo sucedia con las economías de la administracion por medio de una disminucion del número de empleados. Era preciso arbitrar recursos inmediatos, y se apeló á un empréstito nacional voluntario, contando con el patriotismo de los ricos y de los banqueros, pero este recurso resultó tambien ilusorio, porque no se suscribió ni la quinta parte del empréstito. El medio mas radical y mas racional era una contribucion gradual y progresiva sobre la renta, pero este solo podia dar su resultado en un plazo muy lejano. En esta situacion apurada, para hacer frente á los gastos imprescindibles hubo que echar mano de los fondos de las cajas de ahorro, dos días despues de haber aumentado el interés de las imposiciones de 3 á 5 por ciento. Las devoluciones se efectuaron segun las cantidades, ya en bonos del tesoro pagaderos de cuatro á seis meses ó en títulos de renta al cinco por ciento que á la sazón estaban al veinte por ciento de pérdida y bajaron en menos de seis semanas á la mitad de su valor nominal. Los billetes ó pagarés del tesoro, que se encontraban en general en manos de capitalistas, se pagaban seis meses despues de su vencimiento ó se cambiaban tambien por títulos de la renta del cinco por ciento. La desconfianza y con ella la crisis crecieron de día en día, porque nadie se fiaba de las promesas de Garnier-Pagés (1), y el gobierno tuvo que decretar el curso forzoso de los billetes del tesoro y del Banco, y lo que fué peor, un aumento de cuarenta y cinco céntimos en las contribuciones, lo cual arrojaba un aumento total de ciento sesenta millones, mientras la supresion del impuesto sobre la sal á contar desde el 1.º de enero de 1849, debia producir una merma de setenta millones. Esta fué la

(1) Véase una corta nota del descenso de los valores públicos:

	Títulos de la renta de 5 p. %	Títulos de la renta de 3 p. %	Acciones del Banco
Febrero 23	116'40	73'80	3,180
Marzo.. 7	89'00	56'00	2,400
Marzo.. 15	65 hasta 69'00	48 hasta 45'00	1,300
Abril.. 5	50'00	33'00	1,080

felicidad que trajeron á los franceses los republicanos, que se proclamaban sus salvadores, y bien puede decirse que todo esto, y principalmente el aumento de la contribucion, mató la república, porque le atrajo antes de ser elevado á ley, con el solo anuncio, el odio de la gran masa del pueblo, en especial de la poblacion rural, que sufría todavía las consecuencias de la mala cosecha y de la crisis económica de 1847, y que á la sazón debia pagar con el sudor de su frente y crueles economías mas contribucion, no para un fin patriótico sino para mantener en Paris un ejército de haraganes en trabajos públicos ilusorios.

Esto era bastante para que el gobierno provisional hubiese hecho todo lo posible á fin de tranquilizar al país é inspirarle confianza en el nuevo régimen, pero en lugar de esto parecia que Ledru-Rollin se complacia en inventar siempre nuevos sobresaltos y en cansar al país. Apenas hubo tomado posesion del ministerio del Interior empezó á trasformarlo todo y á cambiar el personal. El periódico oficial, cuya redaccion y publicacion formaba parte del ramo de Gobernacion, el *Boletín de la República*, tenia por redactor en jefe á Jorge Sand y propagaba doctrinas socialistas, y por su parte el ministro envió á las provincias una turba de agentes políticos y electorales con carácter de inspectores y con poderes ilimitados, para remitir informes al gobierno, descubrir abusos é indicar mejoras. En su instruccion les dijo el ministro: «Tome V. por regla que los empleos públicos, sin distincion de categorías, solo deben confiarse á republicanos probados y no á los que lo son desde ayer.» Una instruccion posterior, del 12 de marzo, que les envió sin comunicarla previamente á sus colegas decia: «Los poderes de V. son ilimitados. Como agente de una autoridad revolucionaria es V. tambien revolucionario. La guia única de V. ha de ser su conciencia, y lo que pidan las circunstancias para el bien público es lo que V. ha de hacer. Tenga V. bien entendido, y seria ilusion creer otra cosa, que todavía hay que despertar las ideas republicanas en el país.» A renglon seguido expresa la necesidad de destituir en masa á los prefectos, subprefectos, alcaldes y consejeros municipales, y autoriza á los agentes para valerse en caso necesario de la fuerza armada, y si convinieren para suspender del mando á los comandantes, y de sus funciones hasta á los jueces inamovibles. Finalmente les encarga que dirijan su atencion principal á preparar el terreno para las elecciones, diciendo: «La asamblea nacional ha de estar animada del espíritu revolucionario; su santo y seña de V. ha de ser siempre: *Hombres nuevos y si es posible sacados del pueblo*. El pueblo no está educado todavía (para la república) y á V. incumbe dirigir la educacion. Examine V. severamente los méritos de los candidatos y cuente solamente con los que ofrezcan mas garantías.» Carnot, el ministro de Instruccion, dijo por su parte á los consejos locales de enseñanza y á los maestros que convenia demostrar á la poblacion rural que era un grandísimo error creer que para ser representante del pueblo se necesitaba ser rico é instruido; un labrador honrado, de sano criterio y experiencia, cuidará los intereses de su clase infinitamente mejor que un ciudadano rico y científico que ignore la vida rural. «Conviene, añadia, no olvidar que en toda asamblea numerosa la mayoría de los que la componen hacen el papel de jurados, que forman juicio de lo que se discute y segun les parece bueno ó malo aprueban ó desaprueban con un sí ó un no lo que proponen los hombres mas distinguidos.»

Lo que queria Carnot era explotar la ignorancia del pueblo soberano para que votase los candidatos que le propusieran ó que apoyaran los conspiradores, afiliados á alguna de las sociedades secretas. A cada cuarenta mil habitantes se acordó que correspondiera un diputado, elegido directa-

mente, siendo electores todos los franceses de mayor edad, domiciliados desde medio año antes en el lugar de su residencia cuando se verificasen las elecciones. Estas debian hacerse en la cabeza del departamento y por departamentos, «para librar á los electores de las influencias locales.» Esta aplicacion del sufragio universal era una cosa enteramente nueva, que en igual extension no se habia practicado nunca en ningun país, y aumentó de un solo golpe el número de electores de doscientos cincuenta mil á nueve millones. Grandísima inquietud mostraron los republicanos mas avanzados respecto del resultado de las elecciones por sufragio universal, y con el pretexto de que el pueblo no comprendia todavía la república, no se cansaban de buscar motivos de aplazar la funcion electoral y de cohibir entre tanto con el absolutismo republicano el ejercicio del derecho electoral, para tener tiempo, decian, de afirmar la institucion republicana y de domeñar los ánimos rebeldes. El alma de este partido en el seno del gobierno era Luis Blanc, que pidió á sus colegas el aplazamiento de las elecciones para la guardia nacional de la capital, que habian de preceder á las elecciones para la asamblea nacional, y el alejamiento de la tropa de Paris. Como la mayoría de los miembros del gobierno provisional no quisiera acceder, les amenazó con llamar á cien mil hombres del pueblo y ocupar el palacio del ayuntamiento donde el gobierno celebraba sus sesiones. No se intimidó el gobierno, y solo cedió en el primer punto, aplazando las elecciones para la guardia nacional, señaladas para el 14 de marzo, hasta el 25 del mismo mes, pero á la vez el ministro del Interior dispuso la disolucion de aquellas secciones de la fuerza cívica que se componian en su mayor parte de personas acomodadas é ilustradas, sobre las cuales el gobierno habria podido apoyarse en caso de necesidad.

Tanta violencia acabó con la longanimidad de la clase media de la capital, la cual cobró mas ánimo al saber que Lamartine habia desaprobado en términos claros la disposicion del ministro del Interior, Ledru-Rollin, y así lo habia manifestado al recibir una comision de una sociedad republicana para la libertad de las elecciones. Con este apoyo moral, las compañías de la guardia nacional cuya disolucion se habia decretado acordaron enviar al gobierno una comision numerosísima encargada de presentarle una peticion contra la medida del ministro; y así lo hicieron el 16 de marzo, sin calcular que en esto de manifestaciones públicas en masa no podian competir con sus adversarios. En efecto, bastó un pequeño aviso del prefecto de policía Caussidière para que al día siguiente se presentara delante del palacio del ayuntamiento, donde se reunia el gobierno provisional, una multitud de mas de 100,000 hombres del pueblo, sin armas, sin gritería, perfectamente disciplinados, para protestar con su sola presencia contra la comision del día anterior á la cual llamaban: «El golpe de Estado intentado por la burguesía y la aristocracia contra los gobernantes amigos del pueblo.» Esta masa formidable iba precedida por los representantes de las sociedades políticas con Blanqui á la cabeza, que manifestó al gobierno en términos categóricos los deseos del pueblo soberano. Avergonzados Ledru-Rollin y Luis Blanc de ser en el gobierno los representantes de estas masas, que imposibilitaban todo régimen regular, dejaron hablar á Lamartine, el cual tuvo el valor de contestar que jamás le haria variar de opinion la fuerza bruta. Los manifestantes se retiraron sin cometer excesos, pero el gobierno satisfizo sus deseos, hizo salir de la capital las tropas, ya poco numerosas, aplazó las elecciones de la guardia nacional hasta el 5 de abril y las de la asamblea nacional hasta el 23 del mismo mes, y dos días despues humillóse hasta pasar al palacio del Luxemburgo á dar solemnemente